

campos al son de un instrumento pastoril ó lisonjeaba el orgullo de los grandes bajo el brillante artesonado de sus palacios, en medio de las locuras de un espléndido festin.

Homero y Demóstenes son la síntesis de la literatura pagana. Su misión pudo haber sido grande, pero por desgracia el genio gentilicio desperdió los tesoros de su talento en formar un edificio de oropel, en animar el esqueleto de la mitología. El hombre de hoy percibe al través de los tiempos la literatura antigua, como se divisa en una tarde apacible un celaje de occidente que vaga lleno de hermosura por el firmamento, un ligero vapor de colores pronto á desaparecer al beso mas suave del aura del crepúsculo.

Junto al sol del paganismo que parecia envolver al mundo en torrentes de claridad, ardia una luz ténue y casi desconocida, de muy distinta naturaleza en el centro de los pueblos, como late el corazón en el seno del hombre, como la lámpara humilde que se quema ante el altar de una apartada ermita. Aquel fuego se apagó, y sus cenizas cubrieron la carrera dilatada de los siglos pasados, sirviéndoles de losa sepulcral. Aquella lámpara misteriosa produjo un incendio destinado á iluminar al mundo con sus resplandores benéficos, hasta el fin de los tiempos. Era la literatura judáica: Moises y David.

Su voz no se escuchaba para ensalzar á Júpiter y á Baco; no se oía como la del orador griego en el foro de Atenas para insultar á un adversario. La tribuna del Cantor del Génesis era el desierto: su auditorio, un pueblo que marchaba á cumplir con una misión sublime, que llevaba en su seno el secreto de la humanidad.

Moises tiene un estilo que admira para explicar una verdad que hace feliz

al hombre que la sigue: David al pulsar ante el arca santa las cuerdas de su arpa melodiosa, nos ha enviado llenos de verdad y de una poesía mas interesante para el hombre, sus dulcísimos cantares entre los pliegues de sus místicos sonidos.

Homero, sin embargo, vive: vive entre los recuerdos de la humanidad, porque el genio es la sombra del alma que no perece con el cuerpo. Vive; y los hijos de la literatura moderna van todavía, como los antiguos peregrinos, á visitar su tumba, á arrancar de su empolvado plectro una cuerda siquiera, á coger una de las flores que crecen á su orilla.

El Occidente fué arrullado en los brazos de una literatura mas grandiosa: pudo cantar las bellezas de un cielo mas puro, las delicias de un mundo mas feliz. Elevó, por tanto, su vuelo majestuoso, cerniendo sus alas de querube en un horizonte mas vasto, mas encantador.

Tuvo entónces, como el Oriente, las voces de multitud de genios que llenasen el ambiente de sus campos con los ecos de una celebridad imperecedera. Allí cantaron el Dante, el Tasso y Milton. Ha escuchado al pié de las tribunas las frases elocuentes de oradores ilustres: ha visto en el rincón del hogar derramar sentidas lágrimas al recorrer las tristes relaciones de la novela: ha presenciado mil espectáculos en que un inmenso auditorio prodiga ruidosos aplausos al colocar la corona de la inmortalidad sobre la frente del genio dramático.

La América, sin embargo, jóven como es, no se ha visto envuelta entre el clamor sublime de esa literatura gigante tan variada en sus formas como infinita en sus bellezas: no ha tenido todavía poetas que imiten el ruido majestuoso de sus maravillosas cascadas, que remeden el tranquilo